

Editorial

Desastre natural, desastre humano

Cuando las lluvias se cobran la vida de muchos compatriotas y convierten a miles en damnificados, no es raro que alguno señale hacia arriba y proteste por semejante “desastre natural”. Pero un vistazo a ras de piso nos señala algo distinto. Los desastres tienen como principal escenario las quebradas, cantones y pueblitos de El Salvador, el sitio de nuestra propia vergüenza, donde se amontonan miles de personas que viven en extrema pobreza. En el Bajo Lempa, Jiquilisco o Jayaque, hay casuchas endebles y lamentables callejuelas que nos interpelan moralmente.

No deberíamos decir que ocuparse de la pobreza extrema es “prioritario”, pues las prioridades son variables, y las ordenamos según nuestros intereses, que no son los mismos para todos, ni siquiera para la misma persona en todo momento y circunstancia. Además, la misma idea de establecer prioridades supone una “ordenación de males” que sólo complica la cuestión: ¿Por qué la pobreza y no los asesinatos? ¿Por qué el damnificado y no el pariente “no tan pobre”, pero que necesita nuestra ayuda?

Acabar con la pobreza extrema no es un asunto prioritario sino urgente, debido a que tiene una mayor gravedad

moral. Lo prioritario es puesto entre paréntesis ante lo que urge resolver, ya que se trata de un mal tan grave que no admite aplazamientos: la pobreza extrema acorta la vida y mata después de mucho dolor, supone un gran sufrimiento entre los sobrevivientes, e impide alcanzar una vida digna y decente (Nigel Dower).

¿Se tiene clara la conexión entre la extrema pobreza y los desastres que dejan las lluvias, huracanes y terremotos? No parece que sea el caso. Es más, hay elementos muy dudosos en los discursos que se construyen alrededor del problema, como sucede con algunas “grietas” en las expresiones que usamos para protestar, exigir y argumentar. Por ejemplo, cuando decimos que somos “un país vulnerable” o que los pobres que mueren bajo el lodón son asimismo “vulnerables”.

¿Son vulnerables los muertos, heridos o damnificados? Seguro que no nos estaremos refiriendo a que pueden morir, enfermarse o perder sus pertenencias, pues eso le puede pasar a cualquiera. No sólo eso: más de alguna vez hemos experimentado algún grado de vulnerabilidad, pues nos enfermamos con cierta frecuencia, hemos sido despojados injustamente de algún bien que apreciábamos mucho o hemos llorado por la muerte de un ser querido. No, no podríamos estarnos refiriendo a este tipo de vulnerabilidad, todo lo radical y constitutiva que se quiera, pero que no nos permite diferenciar y responder a las preguntas claves: ¿Por qué en ese sitio y no en otros? ¿Por qué siempre les afecta más a ellos?

Es evidente que se trata de una vulnerabilidad que, aunque ligada a un fenómeno natural, sólo provoca muerte, enfermedad o destrucción si se acompaña de una incapacitación social, económica y política. Si un grupo de excursionistas se despeña de una catarata y mueren ahogados hablamos de imprudencia, falta de previsión o mala suerte. Es un accidente lamentable, sin duda, pero a nadie se le ocurrirá decir que constituyen “un grupo vulnerable”. Ahora bien, si no se trata únicamente de que podemos morir por la fuerza de un corriente de agua, seguro nos estaremos refiriendo a que hay circunstancias sociales que han empujado a ciertas personas a una situación de riesgo, a vivir sobre el filo de la navaja. Y en ese caso sería mejor especificar que nos estamos refiriendo a grupos de población vulnerados.

No sirve de mucho decir que los habitantes de las “zonas de riesgo” son vulnerables, cuando lo que hay que destacar es que se les ha impedido que adquieran los recursos y las capacidades para hacer frente a las dificultades, entre las que se encuentran los desastres naturales. Incluso los niños y niñas que son parte de las víctimas han sido vulnerados, en la medida en que lo

son sus padres o responsables. Esto es así, porque la autonomía, que es condición para el buen vivir, sólo puede constituirse mediante acciones políticas e institucionales concretas, las cuales deberían habilitar a las personas para que puedan tomar decisiones, exigir el cumplimiento de las obligaciones institucionales y demandar estructuras que fomenten la equidad y el desarrollo de sus capacidades.

Pero este empoderamiento supone una mayor libertad concreta para todos y eso es algo que muchos temen, sobre todo los que tienen más poder o una mejor posición en la sociedad. Incluso muchos de los que ayudan a las víctimas rechazarán la idea de que las personas reivindiquen su condición de sujetos libres. Como ha dicho Amartya Sen, no es que aquéllos tengan miedo a la libertad —al menos no en sus propias vidas—, sino que se teme a la libertad de los demás, pues eso implica que comenzarán a protestar, a luchar y a exigir. ¿Quieres una bolsa de harina o un colchón? ¡Aquí tienes! ¿Quieres decidir sobre el destino de los recursos estatales o discutir cómo debe construirse una “obra de mitigación”? ¡Olvídalo!

Otra razón para preferir hablar de personas vulneradas (en sus derechos, en el acceso a recursos o la satisfacción de sus necesidades) es que nos ayuda a comprender mejor qué es un “desastre natural”, el cual siempre es un desastre humano. Ya podrían desbordarse diez ríos y arrasar los montes y valles, pero, si tal cosa no afectara en nada a las personas, sería apenas un mero fenómeno sin consecuencias relevantes. Pero como es prácticamente imposible encontrar un fenómeno natural que no tenga consecuencias para los seres humanos existentes o para las generaciones futuras (un choque de galaxias a millones de años luz sería el candidato para tal improbable riesgo), cabe preguntar por qué algunos hacen tanto énfasis en el carácter “natural” de un desastre.

Uno podría pensar que, incluso si se reconoce que el desastre es un efecto indirecto de la acción humana sobre el medio ambiente, la referencia a lo natural nos recuerda que no se trata de una acción provocada intencionalmente por ningún agente humano, individual o colectivo. Sin embargo, es de suponer que “el gusto por la palabra” tenga que ver con que muchas personas ven “muy natural” que ciertos grupos poblacionales padezcan cada año las mismas desgracias, como si estuviera inscrito en sus genes o en cierto “patrón cultural”. “Es que son vulnerables”, dicen, cuando lo que revela un mínimo análisis de los hechos es que han sido llevados a esa situación gracias a los planes de ajuste estructural, la destrucción planificada del agro, la depredación de su medio ambiente, la falta de acceso a la educación formal y a las oportunidades de trabajo, y la difusión de una cultura consumista, la

cual fomenta una visión atomizada de la relaciones sociales, la desconfianza ante el vecino y el desprecio por la organización política.

También es frecuente que se piense en “lo natural” conectándolo a cierto “providencialismo” de signo inverso: la creencia de que la naturaleza es una especie de “agente justiciero”, cuya acción obedece a oscuros y caprichosos planes. Hay quien fantasea con la idea de una Madre Naturaleza que cobraría venganza de los humanos inconscientes y perversos. Otros prefieren parlotear sobre la voluntad de Dios, el karma, la expiación de las culpas y otras extravagancias de dudosa utilidad. Es bizarro recurrir al Buen Dios para entender por qué salvamos el pellejo, no así los vecinos de la casa de al lado. Asimismo, es totalmente inaceptable tratar de “explicar” tanto sufrimiento apelando a “nuestra condición de pecadores” o remitiendo a la inescrutable mente de la divinidad; tales posturas sólo pueden coexistir junto a un profundo desprecio de la humanidad.

No podemos negar que hay desastres naturales, pero es bastante sospechosa la insistencia en el “adjetivo”. Detrás se encuentra un subterfugio adecuado para la evasión de responsabilidades y que contribuye a que las cosas sigan tal como están: mayorías empobrecidas y por ende vulneradas. Esta es la vergüenza que debería interesarnos por encima de cualquier otra, la que debería hacernos enrojecer. Pero incluso quienes buscan desenmascarar a los irresponsables de turno deben preguntarse si están dispuestos a trabajar para que esas mayorías tengan más libertad para protestar, luchar y exigir, y no únicamente manos para recibir, estómagos por llenar y lágrimas que fotografiar.